PUNTO SEXTO

De las heróicas virtudes que Cristo nuestro Señor ejercitó en su pasion.

1. El Salvador ejercita en grado heróico todas las principales virtudes de la vida cristiana: para sernos ejemplar y dechado; para merecérnoslas; para levantarlas y ennoblecerlas; para dejárnoslas en testamento.—2. Cómo el Señor ejercitó en su pasion con eminencia las virtudes llamadas bienaventuranzas.—3. De las diversas propiedades y grados que tiene cada una de las virtudes de Cristo: declárase esto por vía de ejemplo en la virtud de la obediencia.

1. Lo primero, se ha de considerar, cómo Cristo nuestro Señor ejercitó en su pasion, todas las principales virtudes de la vida cristiana y perfecta, y cada una de ellas en grado heróico, cuanto á los actos exteriores, y mucho más cuanto á los interiores que los acompañan. Las causas de esto fueron: La primera, porque habia venido á ser maestro, ejemplar y dechado de las virtudes; y entónces quiso hacer un epílogo de todas, y dar de ellas singular ejemplo, como lo dijo en acabando de lavar los piés á sus apóstoles (1). La segunda, porque con su pasion nos habia de merecer y ganar todas las virtudes; y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio actual de todas ellas. La tercera, para volver por la honra de las virtudes que estaban muy caidas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas. La cuarta, para dejarnos por testamento y última voluntad, confirmada con su muerte, las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermon: *Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros, como yo os amé* (1); así pudo decir, y dijo con la obra: Un mandamiento nuevo os doy, que os humilleis como yo me humillé, y que obedezcais y sufrais como yo obedecí y sufrí. Oh dulce Maestro, enseñadme á ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me disteis, para que yo en mi tanto vuelva por la honra de ellas para gloria vuestra. Amen.

(1) Ioan. XIII, 15.

2. Lo segundo, puedo ponderar la muchedumbre y grandeza de estas virtudes, discurriendo por los ocho actos heróicos que Cristo nuestro Señor en el sermon del monte llamó bienaventuranzas, las cuales ejercitó en su pasion con eminencia. Lo primero, ejercitó la pobreza de espíritu (2), renunciando todas las cosas hasta el propio vestido, quedando desnudo en la cruz. Y con la pobreza ejercitó la humildad, que se encierra en ella, hollando todas las vanas honras y pompas del mundo, y abrazando todo género de desprecios, como está referido. Ejercitó la mansedumbre heróicamente en medio de tantas fieras que le mordian y despedazaban, estando como cordero sin hablar ni defenderse, ni indignarse, y con tanta fortaleza como si fuera un diamante en todo lo que sufria.

Lloró amargamente por nuestros pecados, con grande dolor y tristeza, hasta derramar, no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su delicado cuerpo (3). Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia, no viéndose harto de

(1) Ioan. XIII, 34.—(2) Matth. V, 3.—(3) Luc. XXII, 44.

hacer bienes, y de padecer males por justificarnos y darnos ejemplos de santidad; por lo cual dijo en la cruz: Sed tengo. Señalóse en tener misericordia de los miserables, dándoles cuanto tenia, hacienda, honra, sangre y vida para remediar sus miserias, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer á su sed. Tuvo limpieza de corazon eminentísima, conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado; ántes tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud. Fué excelentísimamente pacífico, pacificándonos con su Eterno Padre, ganándonos la verdadera paz, y conservándola él mismo con los que le hacian tan terrible guerra. Finalmente, fué por extremo paciente, padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido, y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido; por lo cual con mucha razon le son debidos todos los premios que á estas virtudes corresponden, los cuales tambien ganó para los que le imitasen en ellas. ¡Oh Maestro soberano, quién te oyera hablar en el primer monte, cuando predicabas estas virtudes; y quién te viera padecer en el monte Calvario cuando las ejercitabas! El mismo eras, y el mismo fin tenias en ambos montes, hablando y obrando, enseñando á padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste y ejercite lo que ejercitaste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste.

3. Lo tercero, se pueden ponderar estas virtudes de Cristo nuestro Señor, cada una por sí, discurriendo por las propiedades y grados que tiene cada una. Y porque seria cosa larga poner ejemplo en cada una, solamente le pondré en la obediencia,

que las abraza todas: de la cual dijo San Pablo, que *se humilló Cristo nuestro Señor, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (1); y que *siendo Hijo de Dios, por las cosas que padeció, aprendió la obediencia* (2), la cual fué heróica. Lo primero, porque no sólo obedeció en cosas fáciles y prósperas, sino en cosas dificultosísimas y asperísimas, cual fué la muerte de cruz, con lo demás que precedió á ella. Lo segundo, con ser las cosas tales, fué su obediencia enterísima, sin dejar una jota ni una tilde de todo cuanto habian profetizado los profetas. Lo cual ponderó San Juan cuando dijo: *Sabiendo Jesus que todas las cosas de su pasion estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo* (3); que fué decir: Para que se cumpliese una penalidad de las que estaban profetizadas, y faltaba por cumplir, que habian de darle á beber vinagre, cuando tuviese sed, dijo: Sed tengo. Lo tercero, fué su obediencia prontísima y puntual, sin dilacion ni tardanza, ni réplica, ni excusas á cuanto se le mandaba, aunque fuese muy áspero, y de parte de los jueces y verdugos muy injusto. Lo cuarto, fué general y humilde, sujetándose á todo género de hombres malos y perversos, por entender que esta era la voluntad de su Padre, conforme á lo que él dice por Isaías: *El Señor me abrió la oreja,* esto es, mandóme obedecer, *y yo no contradije, ni volví atrás: di mi cuerpo á los que le herian, mis barbas á los que las arrancaban, no aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupian* (4). Finalmente, fué obediencia perseverante hasta la muerte, queriendo que prime-

(1) Philip. II, 8. — (2) Hebr. V, 8.
(3) Ioan. XIX, 28. — (4) Isai. L, 5-6.

ro le faltase la vida que el obedecer, y morir obedeciendo, y obedecer muriendo, y todo con obedeciencia de amor, segun aquello que el mismo Señor dijo: *Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, y que como mi Padre me dió el precepto, así le cumplo: Levantaos y vamos á padecer* (1). Gracias te doy, dulcísimo Señor, por el heróico ejemplo que me diste de obediencia. ¡Oh quién tuviese otra semejante, fuerte, entera, pronta, puntual, perseverante y amorosa, sujetándome á toda humana criatura por tu amor, para que todo el mundo conociese que te amo y que cumplo tus mandamientos con el modo que los mandas. Por tu santísima obediencia, te pido esta obediencia: mándame, Dios mio, lo que quisieres, con tal que me des esta virtud para cumplir lo que me mandas. De esta manera se puede discurrir cerca de la humildad y pobreza, silencio, modestia y las demás virtudes.

PUNTO SÉPTIMO

De las siete estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo en su pasion.

1. Quién es la persona que anda estas jornadas, y el fin que tiene en ellas.—2. Cómo la compañía que lleva, unas veces es de sus discípulos y otras de sus enemigos.—3. Cuál es el lugar de donde sale, el modo como camina, á donde va á parar su estacion, y las cosas que dice, hace y padece.—4. Cómo en cada lugar de estos hay que detenernos con Cristo.

Los caminos ó estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo la noche de su pasion y el dia siguiente, se pueden reducir á siete, para meditarse en los

(1) Ioan. XIV, 31.

siete dias de la semana, comprendiendo en ellas todo el discurso de la pasion. La primera, fué con sus discípulos, desde el cenáculo al huerto de Getsemaní, donde se entristeció, oró y sudó sangre. La segunda, desde el huerto donde fué preso, hasta la casa de Anás, donde fué examinado y recibió una cruel bofetada. La tercera, á casa de Caifás, donde fué escupido, abofeteado, y padeció gravísimas injurias y dolores toda aquella noche. La cuarta, á casa de Pilatos, presidente, donde fué acusado de los judíos con muchos falsos testimonios. La quinta, al palacio del rey Herodes, donde fué escarnecido de él y de todo su ejército. La sexta, fué la vuelta á casa de Pilatos, donde fué azotado, coronado de espinas, y escarnecido y condenado á muerte. La séptima, fué de aquí al monte Calvario con su cruz á cuestas, en la cual fué allí crucificado. Por estas siete estaciones deberia como David, dar gracias á Dios siete veces al dia (1), glorificándole por los juicios de su justicia y misericordia que en ellas resplandecen, rumiando muy despacio quién es la persona que anda estas jornadas, y el fin que tiene en ellas, la compañía que lleva, el lugar de donde sale, el modo como camina, el lugar donde para, las cosas que dice, hace y padece, sacando de todo, el espíritu y provecho á que se ordenaron.

1. En la persona de Cristo nuestro Señor se ha de considerar su infinita dignidad, como está dicho, ponderando los pasos y afectos del espíritu con que acompañaba los pasos del cuerpo, ordenándolos á gloria del Eterno Padre, para satisfacer por nuestros pecados. Y quizá fueron siete las estaciones en

(1) Ps. CXVIII, 164.

castigo de los malos pasos que hemos andado en los siete pecados mortales, y para quebrantar el orgullo del dragon bermejo de siete cabezas (1), que tenia tiranizado el mundo; y para domar la soberbia y rebeldía de los mundanos, y darnos á todos ejemplo de humildad y paciencia, conforme á lo que está escrito, que *los montes del siglo se desmenuzaron, y los collados del mundo se encorvaron por los caminos de su eternidad* (2), esto es, que los soberbios y altivos corazones, los rebeldes y protervos ánimos, se humillaron y sujetaron por las jornadas y caminos que anduvo este Señor eterno, trazadas desde su eternidad para este fin. Oh eterno Dios, y Salvador nuestro, Cordero *sacrificado por nosotros desde el principio del mundo* (3); esclarece los ojos de mi alma, para que considere estas jornadas y pasos que anduviste por nuestro remedio, de modo que alcance el fin para que tú las ordenaste. Perdona, Señor, por ellas mis malos pasos, y enderézalos de aquí adelante, segun tu ley, para que no se señoree de mí ninguna injustia (4). ¡Oh Padre Eterno, que cuentas los pasos de los hombres (5), así los malos para castigarlos, como los buenos para galardonarlos! Mira los pasos de tu querido Hijo, y por ellos te suplico endereces los mios, para que sean en todo conformes con los suyos. Amen.

2. Cuanto á la compañía que Cristo nuestro Señor lleva en estas estaciones, se ha de considerar cómo unas veces va acompañado de sus discípulos, como va el pastor en medio de sus ovejas. Y así fué en la primera estacion del cenáculo al huerto,

(1) Apoc. XII, 3. — (2) Habac. III, 6. — (3) Apoc. XIII, 8.
(4) Ps. CXVIII, 133. — (5) Job. XIV, 16.

consolándolos y exhortándolos á velar y orar, amparándolos de los lobos que los querian perseguir y destrozar. Pero en las demás estaciones iba rodeado de enemigos, como oveja entre lobos, y como cordero entre leones y tigres; los cuales con excesiva crueldad y fiereza le mordian y despedazaban, afligiéndole con injurias, desprecios, dolores y tormentos, llevándole maniatado, como una oveja cuando es llevada al matadero, sin abrir su boca para quejarse. Cumplió aquí en su Persona lo que habia dicho á sus discípulos: *Mirad, que os envío como á corderos entre lobos, sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas* (1); porque en estas estaciones, con ser terribles las persecuciones, calumnias y astucias de sus enemigos, siempre se mostró manso como cordero, sin resistirlos; sincero y puro como paloma, sin ofenderlos; prudente más que las serpientes, sin ser engañado de ellos, ántes con admirable sabiduría los confundia, ya callando, ya hablando como convenia.

3. Cuanto á los lugares de donde sale, y el modo como camina, y á donde va á parar su estacion, se ha de considerar, cómo todos son para él lugares de afliccion y tormento, dejando unos y tomando otros, y casi siempre los postreros son más terribles que los primeros, subiendo del trabajo menor al mayor. Y todos los pasos son con apresuracion, por la furia de sus enemigos, que le hace salir de paso, y por la grandeza del amor con que gusta de apresurarse para concluir de presto nuestra redencion. De modo, que podemos decir de él aquello de los Cantares: *Mirad, que viene saltando por los*

(1) Luc. X, 3, Matth. X, 16.

montes y atrancando collados (1). Montes y collados son los tribunales y palacios de los pontífices, presidentes y reyes; en los cuales no se detenia este Señor á gozar de los bienes que allí gozan los mundanos, sino con grande apresuracion, como ciervo perseguido de los perros, pasaba por cada uno de ellos siendo allí mordiscado, herido y atormentado, hasta que en el monte Calvario le dieron el último alcance y quedó descoyuntado, y muerto en la cruz.

4. Últimamente, en cada lugar de estos edificaré espiritualmente algunos tabernáculos, como San Pedro queria edificarlos en el monte Tabor, para morar allí con Cristo transfigurado en dolores, ponderando por menudo lo que allí dice, hace y padece por mi causa. Primero edificaré un tabernáculo en el huerto de Getsemaní, y allí moraré con Cristo triste y afligido, velando y orando con él, oyendo las palabras que habla con su Padre Eterno y con sus discípulos, oyendo tambien las que el Angel le dice cuando le conforta, y las que él le responde, y mirando la lucha que padece dentro de sí, y el sudor de sangre que arroja de sí, y los pasos que anda, yendo y viniendo á sus apóstoles para despertarlos, y al lugar de la oracion para rogar por sí y por ellos. Unas veces le pediré como discípulo á maestro, que me enseñe á orar y velar; y otras veces, como amigo ó fiel criado, le consolaré en sus desconsuelos, compadeciéndome de verle desconsolado, acompañándole en su soledad. Y en esta misma morada miraré cómo sale á recibir á sus enemigos, las palabras que les dice, los milagros que obra en ellos y los tormentos que de ellos recibe,

(1) Cant. II, 8.

siendo preso, pisado y maniatado. Y aunque todo esto se hizo de priesa, yo lo pensaré despacio, deteniéndome en esta morada y estacion, hasta que mi alma quede satisfecha, enseñada y movida al amor é imitacion de lo que allí ha visto en su Señor. Todo esto se ha de sacar de lo que diremos en la meditacion de este misterio, y á este modo se ha de proceder en las demás estaciones.

PUNTO OCTAVO

De los dolores que la Vírgen nuestra Señora padeció en la pasion de su Hijo.

1. La primera raíz de los dolores que la Vírgen padeció en la pasion del Salvador, procedia de la grandeza del amor que le profesaba, por varios títulos: por ser Cristo su hijo natural; por ser el Unigénito; por la suma semejanza que habia entre los dos; por la grandeza de la santidad y sabiduría de su Hijo; por ser Cristo infinito bienhechor de la Vírgen; por ser el Hijo de Dios vivo y Dios infinito; por la íntima union de caridad que tenia con Cristo.—2. La segunda raíz fué la viva aprension que tenia de los trabajos del mismo.

Tambien se han de considerar en estos misterios de la pasion, los dolores y trabajos de la Vírgen nuestra Señora para compadecernos de ella por lo mucho que padece, y para compadecernos de lo mucho que por esta causa padeció su Hijo sintiendo lo que padecia su gloriosa Madre; y pues tambien lo es nuestra, y nuestros pecados son causa de sus aflicciones, justo es sentirlas, y alentarnos tambien á imitar las excelentes virtudes que descubrió en ellas.

1. La grandeza de estos dolores se ha de sacar

de dos raíces principales. La primera del grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, porque á la medida del amor es el gozo de los bienes que tiene la persona amada, y el dolor de los males que padece. Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Vírgen, por muchos títulos.

El primero, porque Cristo nuestro Señor era su hijo natural, á quien amaba con amor más tierno y puro que todas las madres y padres del mundo amaron á sus hijos, por cuanto ella sola fué madre, sin padre, en quien se recogió todo el amor de padre y madre; y como la concepcion de este Hijo fué singular por obra del Espíritu Santo, que es amor, así el amor fué singular; y por consiguiente fué singular el dolor que padeció en su muerte, de modo que pudo decir: *¡Oh vosotros los que pasais por el camino, mirad y ved si hay dolor que iguale al mio!* (1).

Con esto se juntaba, que este Hijo era primogénito y único, cuya vida suele ser más amada y su muerte más sentida; y así para encarecer la Escritura el llanto de alguna cosa, le llama, llanto por muerte del Unigénito (2). Pues ¿cómo lloraria la Vírgen la muerte de éste su Unigénito de Dios, viéndole crucificado con tan grande ignominia y dolor?

Lo tercero, creció más el amor de la Vírgen con su Hijo, por la grande semejanza que tenian los dos, y la semejanza, como dice el Sabio, es causa del amor (3); y así los padres suelen amar mucho más al hijo que más se les parece (4). Pues como la

(1) Thren. I, 12. — (2) Zach. XII, 10, Ier. VI, 26, Amos. VIII, 10.
(3) Eccli. XIII, 19. — (4) D. Th. 1, 2, q. 27, a 3.

Vírgen y su Hijo fuesen muy semejantes en la complexion y condicion, en las costumbres y virtudes, eran como una cosa en todo; y el dolor que traspasaba al uno, penetraba tambien el corazon del otro.

El cuarto título de amarle, fué la grandeza de santidad y sabiduría de su Hijo; porque la caridad, cuando está bien ordenada, ama más á los mejores, que están más cercanos á Dios (1); y si con esto se junta, que están más cercanos á nosotros por la sangre, crece mucho el amor, aunándose naturaleza y gracia para su perfeccion. Y á este paso crece el dolor, viendo padecer al que es muy santo; y como creemos que padece sin culpa, acreciéntase nuestra pena. Pues si las hijas de Jerusalen lloraban amargamente (2) los tormentos de Cristo, teniéndole por inocente, ¿cuánto más amargamente los lloraria la que le tenia por santo de los santos y fuente de toda santidad?

El quinto título de amarle, fué reconocerle por infinito bienhechor suyo, de quien habia recibido innumerables y excelentísimos beneficios, y entre ellos el sumo de haberla escogido por su Madre. Y como el amor es agradecido, desea infinitos bienes para su bienhechor, en recompensa de los que le ha dado. Pues ¿qué pena recibiria la Vírgen viendo padecer tan terribles males al que deseaba que gozase infinitos bienes?

El sexto título de amarle, fué, porque siendo Hijo suyo, era tambien Hijo de Dios vivo y Dios infinito, dignísimo de ser amado con infinito amor, por su infinita bondad y hermosura; y como la Vírgen con grande luz conocia esta infinita excelencia

(1) D. Th. 2, 2, q. 26, a 3. — (2) Luc. XXIII, 27.

de su Hijo, amábale con todo su corazon, ánima, espíritu y fuerzas (1), sin quitar nada del sumo amor que podia ofrecerle. Y á esta medida creció el dolor, doliéndose con todo su corazon, con toda su ánima, con todo su espíritu y con todas sus fuerzas, por ver tan despreciado y aborrecido al que por infinitos títulos merecia ser honrado y amado.

Finalmente, el Espíritu Santo habia derramado en su corazon la caridad de Dios (2), uniéndola consigo con el amor unitivo, de modo, que fuese un espíritu con Dios (3) y con su Hijo, de donde procedia tener por propias todas sus prosperidades y adversidades, y dolerse de los trabajos del Hijo, mucho más que si fueran suyos, porque le amaba más que á sí. Y como con la fuerza de este amor salia de sí, y estaba traspasada y puesta en el corazon del Hijo, lo que padecia él, padecia ella, sintiendo en sí lo que miraba sentir el Hijo; y así podia decir mucho mejor que San Pablo: *Con Cristo estoy enclavada en la cruz: vivo yo, no yo, sino Cristo vive en mí,* y yo vivo en Cristo (4).

2. Con la grandeza de este amor se juntaba la segunda raíz del dolor, que es la viva aprension que tenia de los trabajos de su Hijo, con todas las circunstancias que quedan referidas; porque habia leido las divinas Escrituras que los contaban, y penetrándolos con luz del cielo, y hallándose presente á ellos, no solamente ponderaba lo que padecia por de fuera, sino penetraba lo de dentro, y de todo formaba representacion tan viva, que se trasformaba en la imágen de lo que el Hijo padecia. Este fué

(1) Luc. x, 27.—(2) Rom. v, 5.
(3) I Cor. vi, 17.—(4) Gal. ii, 19-20.

el cuchillo de dos filos, aguzado con conocimiento y amor, que traspasó, como dijo Simeon, no el cuerpo, sino el alma de esta Vírgen purísima (1). Y de esta manera tambien bebió el cáliz de la pasion (2), que Cristo ofreció á los hijos del Zebedeo, y fué bautizada con el bautismo de penas, y sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo, que se pudo decir de ella: *Grande es como el mar tu contricion* (3) y la amargura de tu afliccion. Oh Vírgen soberana, ¿quién podrá contar la amargura que tuvisteis por estos siete títulos de amor y dolor, que como siete cuchillos traspasaron vuestro corazon? Bien podeis decir en esta ocasion: No me llameis Noemi, que quiere decir hermosa, sino llamadme Mara, que quiere decir amarga (4), porque me ha llenado de grande amargura el Todopoderoso. Grandes favores os hizo el Todopoderoso en el dia de su encarnacion, y grandes aflicciones os ha dado el mismo Todopoderoso en el dia de su pasion. Y pues tambien las aflicciones son favores, suplicadle muestre conmigo su poder, dándome sentimiento de lo que padeció, y gracia para imitarle en ello. Amen.

De estas consideraciones he de sacar, que la más alta disposicion para sentir los dolores de la pasion de Cristo nuestro Señor, es el amor; y como dice San Buenaventura, cuanto éste fuere más encendido, tanto será mayor el dolor y compasion, y con la misma compasion se aumenta el amor (5). Y así de los siete títulos que se han referido, tomaré los que me hacen al caso para granjear este fervoroso

(1) Luc. ii, 35.—(2) Matth. xx, 22.—(3) Thren. ii, 13.
(4) Ruth. i, 20.—(5) In stim. dic. am., cap. ii, in init.

011743

amor, y la union con Cristo, por la cual me haga participante de sus dolores y de los dones que proceden de su preciosa imitacion.

PUNTO NONO

De las heróicas virtudes que la Vírgen nuestra Señora ejercitó en la pasion de su Hijo.

1. Altísima resignacion en la divina voluntad.—2. Profundísima humildad.—3. Suma fortaleza y magnanimidad con gran paciencia.—4. Encendidísima caridad y amor de los hombres y de los mismos enemigos de su Hijo.

Últimamente se han de considerar las virtudes que en esta ocasion ejercitó la Vírgen nuestra Señora, para imitarla en ellas. Las más principales fueron cuatro, en que se encierran otras muchas.

1. La primera, fué altísima resignacion en la divina voluntad, negando la suya natural para conformarla con la de Dios, diciéndole como su Hijo: *No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres* (1), y esta resignacion tanto es más heróica, cuanto son mayores los trabajos á que nos ofrecemos por ella.

2. La segunda, fué profundísima humildad, no huyendo los desprecios, sino acometiéndolos y abrazándolos, gustando de manifestarse por Madre del que tantos desprecios padecia, tomando la mucha parte que le cabia de ellos. Y con esta humildad asistia á la cruz de su Hijo, haciéndose cargo de su pasion y muerte; porque aunque ella no tuvo pecados, por los cuales muriese Cristo, pero murió por preservarla de ellos.

3. La tercera, fué grande fortaleza y magnanimidad con gran paciencia, acercándose á la cruz de su Hijo, y estando en pié junto á ella, sin que fuesen parte para desviarla de su presencia, ni la crueldad de los perseguidores, ni la terribilidad de los dolores que por esta causa padecia, deseando se le ofreciese ocasion de padecer y morir por quien tanto padecia por ella.

(1) Marc. XIV, 36.

4. La cuarta, fué encendidísima caridad y amor de los hombres, y de los mismos enemigos de su Hijo, sin que sus blasfemias y crueldades la moviesen á indignacion, sino ántes á compasion, doliéndose de los pecados que hacian, y de los daños que incurrian, rogando á Dios por ellos, y excusándolos al modo que lo hizo su mismo Hijo, como en su lugar veremos. De esta manera juntó la Vírgen con sus terribles aflicciones admirables ejercicios de virtudes; por lo cual pudo decir en este tiempo aquello de los Cantares: *Negra soy pero hermosa, hijas de Jerusalen, no os admireis de verme así morena, porque el sol me ha quitado el color* (1). Negra estais, Vírgen Santísima, en lo exterior, por las penas que padeceis; pero hermosa en lo interior, por las virtudes que ejercitais: el Sol de justicia os ha puesto descolorida, porque sus tristezas son causa de las vuestras; y él mismo os hace hermosa, porque con su ejemplo resplandece el vuestro, imitando sus virtudes. Suplicadle, Madre piadosísima, que con los rayos encendidos de su luz, ilustre y encienda mi corazon, para que de tal manera medite sus trabajos, que tenga parte en ellos, imitando sus virtudes. Amen.

Por lo que se ha dicho en estos nueve puntos,

(1) Cant. I, 4-5.

quedan declaradas en general las cosas que más en particular se han de ponderar en cada misterio de la pasion, así en la persona de Cristo nuestro Señor, como de la Vírgen su Madre, tomando á los dos por principal materia de la meditacion é imitacion, y á la Madre por abogada, para alcanzar sentimiento de lo que padece el Hijo. La práctica de todo se irá poniendo en las meditaciones que se siguen.

MEDITACION II

DE LA SUBIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á JERUSALEN, EN QUE DESCUBRIÓ Á SUS APÓSTOLES LO QUE ALLÍ HABIA DE PADECER Y DE LAS VECES QUE HABLÓ CON ELLOS DE SU PASION

PUNTO PRIMERO

1. Cristo sube á Jerusalen con paso apresurado, para declarar la prontitud de voluntad con que va á padecer.— 2. Por qué en materia de padecer quiere preceder á todos.—3. Para provocar á sus apóstoles á admiracion é imitacion.

Lo primero se ha de considerar, cómo sabiendo Cristo nuestro Señor, que el tiempo de su pasion estaba cerca, y que los judíos trataban en Jerusalen de matarle, quiso ir allá desde la ciudad de Efrén (1), donde se habia recogido con sus apóstoles, y en este camino iba con paso extraordinario. Iba Jesus delante de ellos, de modo, que los apóstoles se admiraban y procuraban seguirle llenos de temor (2). Sobre este punto se han de ponderar las

(1) Ioan. XI, 54. — (2) Marc. X, 32.

causas de este nuevo modo de caminar de Cristo con paso tan apresurado, y los afectos que causó en sus discípulos.

1. La primera causa, fué para declarar la prontitud de voluntad y el fervor de espíritu con que iba á padecer, sin temor de los trabajos que le esperaban en Jerusalen; ponderando que á las obras de suyo fáciles y gloriosas, como predicar, hacer milagros, sanar enfermos, etc., iba Cristo nuestro Señor con su paso ordinario; mas á la obediencia penosa y afrentosa de su pasion y muerte, quiso ir con paso extraordinario, sacándole de su paso la fuerza de su divino amor, el cual es como fuego y como aguijon y espuela, que apresura y hace correr con más fervor á la obediencia que es más penosa á la carne y más agradable á Dios. Al contrario del amor propio, que va con piés de plomo á los ejercicios trabajosos de virtud, y nos saca de paso, y apresura á todo lo que es regalo y honra. Por donde conoceré cuán lleno estoy de amor propio, y cuán vacío del divino. Oh dulcísimo Jesus, que subiste á Jerusalen á padecer tormentos con tanto fervor y priesa, como si fueras á recibir descansos, llena mi corazon del amor divino, que te sacó de tu paso, para que yo salga del mio perezoso y tibio, ofreciéndome á obedecer y padecer cuanto quisieres, con un espíritu ferviente semejante al tuyo.

2. La segunda causa porque iba delante de todos, fué para significar, que en materia de padecer trabajos interiores y exteriores, quiso preceder y llevar la delantera á todos sus apóstoles y discípulos, y á todos los mártires y santos que ha habido y habrá; ponderando que en los milagros, que es cosa honrosa, dió la delantera á sus apóstoles y á otros